

DON JACINTO DEL CASTILLO Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA.



## NUEVO ROMANCE,

*en que se manifiestan los sucesos de don Jacinto del Castillo y doña Leonor de la Rosa, naturales de la ciudad de la Coruña. Refierese los amores de estos y la violencia que hizo su padre para que se casase con otro, al cual mataron como igualmente á su padre y suegro, y se salieron de su tierra,*

---

### PRIMERA PARTE.

Sagrada virgen Maria,  
antorcha del Cielo Empíreo,  
hija del eterno Padre,  
madre del Supremo Hijo,  
dame tu divina gracia  
pues deberas te lo pido:  
dá luz á mi entendimiento,  
y á mi torpe pluma brio,  
para que á escribir acierte  
el caso mas peregrino  
que celebran los anales,  
ni en las historias se ha oido.  
Sucedió en la gran Coruña,

el mejor puerto lucido  
que tiene el mar en su márgen,  
de mil alabanzas digno.  
En esta ilustre ciudad,  
nació de padres altivos  
doña Leonor de la Rosa,  
á quien el cielo propició,  
se esmeró en dibujarla,  
de manera que al sol mismo  
se le opuso en hermosura  
este encanto de Cupido.  
Fué en extremo su belleza,  
que pasó á ser prodigio,

pues no hay hombre que la mire  
que no se quede rendido.  
En la casa de sus padres,  
con el recato debido  
se crió, y apenas tuvo  
los quince abriles cumplidos,  
cuando amor tiró una flecha  
quedando herida del tiro,  
que la muger que es hermosa  
trae la desgracia consigo;  
pues bastó llamarse Rosa,  
que pocas rosas he visto  
que no mueran deshojadas  
á manos del precipicio.  
La causa fué un caballero,  
don Jacintó del Castillo,  
tan galan como bizarro,  
valiente como entendido.  
Este dió en galantearla  
con fiestas y regocijos;  
la dama le corresponde  
con amorosos cariños,  
que enamorada y rendida  
estaba de don Jacinto,  
y con palabras de esposa  
á su amante satisfizo.  
Todas las noches se hablan  
por un balcon que testigo,  
era de sus muchas penas,  
y como amantes tan finos,  
descansan uno con otro  
repitiendo mil cariños.  
Dejemos en este estado  
á Leonor y Jacinto,  
gozándo en los coloquios  
que el amor trae consigo;  
y paso, pues, á dar cuenta  
y digo que don Francisco  
que era padre de esta dama,  
ya tenia otros designios,  
y era darsela á un caballero,  
que era muy rico, y su amigo,  
don Fernando de Contreras,  
que enamorado y rendido  
de la singular belleza,  
y encantado prodigio  
del hechizo de Leonor,  
determinóse y le dijo:  
señor don Francisco, yo,

como hombre, solicito  
alcanzar, favores vuestros,  
si merecen que lo activo  
de la bellissima mano,  
de Leonor que tanto estimo;  
con el renombre de esposa,  
suplicándolo os lo pido.  
Y don Francisco, que estaba  
deseando aquello mismo,  
al momento se la ofrece,  
prometiéndole de fijo  
con ella dos mil ducados  
en plata y en oro fino.  
Quedóse asi; y don Fernando  
contento y agradecido;  
alegres se despidieron,  
y al momento don Francisco  
se partió para su casa,  
dándolas cuenta y aviso  
á su muger y á su hija,  
muy alegremente dijo:  
¿no sabes tu, Leonor,  
hija del corazon mio,  
como te tengo casada,  
que sera tu gusto y mio,  
con don Fernando Contreras,  
hombre rico y bien nacido?  
Es noble, afable y discreto,  
como tú, Leonor lo has visto:  
solo aguardo tu repuesta  
para darsela al proviso.  
Y Leonor, como tenia  
las potencias y sentidos,  
el corazon vida y alma  
en su amante don Jacinto,  
fué á responder y no pudo,  
que la fuerza de un delirio  
la traspuso en un desmayo,  
envuelta en un parasismo:  
Aqui el coral de sus labios  
eran de jazmin los visos,  
las rosas de sus megillas  
en nieve se han convertido.  
A penas vuelta en su acuerdo,  
á Leonor, su padre vido,  
volviendo segunda vez  
á tratar de lo que ha dicho:  
acaba, Leonor acaba,  
responde á lo que te digo,

porque don Fernando está  
 idolatrando tu hechizo.  
 Es noble, muy poderoso,  
 como ya le he referido;  
 te hara dueña de su hacienda  
 tendrás descanso y alivio:  
 esto ha de ser por fuerza,  
 si no quieres por cariño.  
 Y remitiéndose al llanto,  
 hechos sus ojos dos rios,  
 desabrochando palabras,  
 resueltamente le ha dicho:  
 Padre y señor, don Fernando  
 nunca fué del gusto mio.  
 ¿Qué importa que sea noble?  
 ¿Qué implica que sea rico?  
 si nunca han congeniado  
 sus conceptos con los míos.  
 Que don Fernando sea noble.  
 tambien lo soy yo, padre mio;  
 que sea dueño de su hacienda,  
 yo soy la que me cautivo;  
 la que por fuerza se casa,  
 por interes de lo rico,  
 no es muger, sino esclava  
 que se vende en el guarismo  
 de la ambiciosa codicia:  
 esto, señor, es muy fijo.  
 En cuanto á tomar estado,  
 esto de darme marido,  
 no ha de ser al gusto vuestro,  
 que ha de ser al gusto mio.  
 Y pues es fuerza os declaro  
 como á padre mi designio,  
 yo tengo puesto mi afecto,  
 el corazon y sentido,  
 por mandato de mi amor,  
 en don Jacinto del Castillo;  
 con él tengo esposo á gusto,  
 pues como al alma le estimo.  
 Viéndola el padre resuelta,  
 furioso, ensoberbecido,  
 asiola por los cabellos,  
 que eran hebras de oro fino,  
 dándola galpes, y arrastrando  
 la metió en su cuarto mismo:  
 con un puñal en la mano,  
 en viva rabia encendido,  
 amenazóla de muerte,

diciendo: haz lo que te digo,  
 ó la vida rendirás  
 al golpe de este cuchillo.  
 Viendo Leoner que en su pecho  
 moraba el de don Jacinto,  
 y que es fuerza peligrase  
 en semejante conflicto,  
 con un cauteloso engaño,  
 dijo padre y señor mio,  
 ya me resuelvo á que sea  
 don Fernando esposo mio.  
 Con esto el padre, abrazola  
 contento y agradecido,  
 dejándole: cuando al cabo  
 de cuatro dias ó cinco  
 escribió doña Leonor  
 un papel á don Jacinto.  
 diciendo lo que la pasa,  
 que la sacase al proviso;  
 mas no fue tan en secreto,  
 que lo cogió don Francisco:  
 hallóla tan inconstante,  
 segun por los contenido.  
 Volvió otra vez indignado,  
 y á doña Leonor la dijo:  
 mira infame, este papel  
 que envías á don Jacinto.  
 Encerróla, y dispusieron,  
 que con Fernando al proviso,  
 el vicario la casase  
 por evitar un peligro,  
 que en andando el dinero  
 todo se halla convencido.  
 Quisiera escribir aqui  
 las lágrimas y suspiros  
 los sollosos y los lamentos,  
 los pesares y los gritos,  
 que la triste dama hacia,  
 muy bien lo dice ello mismo.  
 Si el disimular su pena  
 no la fuera tan preciso,  
 reventara de dolor;  
 mas volvióse basilisco,  
 cual vivora, cual serpiente,  
 que con su veneno mismo  
 antepone su venganza  
 destruyendo á su enemigo.  
 Tuvo lugar y escribió  
 diciendole á don Jacinto:

« esposo mio y señor,  
 dueño del alma querido,  
 hoy mi padre de por fuerza,  
 ¡con harto dolor lo digo!  
 ¡con qué pena lo refiero  
 y con que llanto lo escribo!  
 hoy me ha casado ¡ay de mí!  
 hoy te perdí, dueño mio;  
 de pesar, de esta pena,  
 las lágrimas hilo á hilo  
 de mis ojos se desprenden;  
 remediarlo no he podido,  
 ¿Yo casada sin mi gusto?  
 reviento solo en decirlo:  
 ¿yo verme con otro dueño?  
 ¿yo en brazos de mi enemigo?  
 Ea, mueran los que causan  
 tus disgustos y los míos:  
 para esta noche te espero;  
 vendrás bien apercebido,  
 que una criada avisada  
 te entrará en el cuarto mio.  
 Muera, muera don Fernando.  
 pues mi padre lo ha querido,  
 y nos iremos los dos,  
 que en otro reino distinto  
 nos casaremos despues,  
 que ya tengo prevenidos  
 muchos doblones y joyas,  
 muchas sortijas y anillos.  
 Esto, señor, te encaresco.  
 no haya falta en lo que digo.»  
 Todo aquel dia se estuvo  
 el padre con los padrinos,  
 trazando para la noche  
 mil fiestas y regocijos,  
 y la cautelosa dama,  
 al inocente marido  
 para encubrir su ponzoña,  
 mostraba amor y cariño.  
 Vino la noche, y con ella  
 á la puerta don Jacinto  
 bien prevenido de armas,  
 y la criada al proviso  
 le ha tomado de la mano  
 y en un cuarto lo ha metido  
 sin que nadie reparara,  
 y allí se quedó escondido.  
 Llegó en fin la media noche,

se terminó el regocijo,  
 y todos los convidados  
 á sus casas se habian ido.  
 Entró Leonor en su cuarto,  
 halló en el á don Jacinto,  
 y allí trataron el como  
 han de lograr su designio.  
 Entró despues don Fernando  
 despojandose el vestido,  
 pensando hallarse en los brazos  
 de Leonor que tanto quiso  
 se halló en brazos de la muerte,  
 porque salió don Jacinto  
 y con dos recias puñaladas  
 abrió al alma dos postigos,  
 y revolcado en su sangre  
 se quedo cadáver frio.  
 Acuden los dos consuegros  
 al alboroto y ruido,  
 al soplo de dos pistolas  
 las dos vidas han perdido:  
 y saliendo del cuarto  
 encontró Leonor á un tio,  
 diciendo viles traidores  
 pagareis vuestro delito.  
 Asíó á Leonor de la ropa,  
 y ella con baronil brio  
 de un fuerte carabinazo  
 el corazon le ha partido;  
 y saliendo á la calle,  
 allí montaron muy listos  
 en un ligero caballo  
 que tenian prevenido.  
 Al estruendo y alboroto,  
 toda la justicia vino  
 solisitando prenderlos:  
 mas don Jacinto atrevido,  
 con dos fuertes trabucazos  
 derribo cuatro ministros  
 con que franqueó la calle,  
 y saliendo al camino,  
 dejan de correr y vuelan,  
 huyendo de su peligro.  
 Y en la segunda parte,  
 segun consta por escrito,  
 diré como se embarcaron  
 y como fueron cautivos,  
 y la muerte que tuvieron  
 doña Leonor y don Jacinto.



## SEGUNDA PARTE.

*en que se da cuenta como se embarcaron para Venecia D. Jacinto del Castillo y doña Leonor de la Rosa, y en la mitad del mar fueron apresados por unos corsarios berberiscos, que dieron con ellos en la ciudad de Argel, donde los condenaron á ser quemados vivos por la fé de Jesucristo.*

Ya dije en la primer parte como va por el camino don Jacinto con Leonor, ambos del amor rendidos. Apenas el claro dia daba luz á los nacidos, del camino se apartaron y entre unos asperos riscos de una frondosa montaña se quedan escondidos. Pidió Leonor en merced la conceda don Jacinto guardase la castidad, hasta que el cielo divino les eche su bendicion: esto, señor, os suplico, porque quiero me seais no galan, sino marido: y como hombre discreto, lo concedió don Jacinto, que los generosos pechos saben vencerse á si mismo. Llegó la noche y caminan: y de la suerte que digo llegaron hasta Bayona, que es puerto de mar muy rico, al tiempo que un mercader salia con su navio á la ciudad de Venecia, con que ajustó don Jacinto

el viaje y se embarcaron con contento y regocijo, haciendose á la vela, surcando el mar cristalino; pero trajo la desgracia dos navios argelinos, los cercan por todas partes, con que apresan el navio, y despues de aprisionados con cadenas y con grillos, dieron en Argel con ellos, y á pregon fueron vendidos. A Jacinto y á Leonor los compró un moro muy rico, el cual los presentó á Zaida por la estimacion que hizo: es del rey de Argel hermana hermosa como el sol mismo la cual contenta y alegre recibió los dos cautivos. Estimó mucho el presente, y así que la turca vido la belleza de Leonor, lo bien dispuesta y el brio, la hizo dama de estrado: y viendo de don Jacinto lo galan y lo bizarro, lo discreto y lo entendido, le hizo su mayordomo. Tambien juntamente hizo

de que la arábiga lengua  
le enseñasen al proviso:  
tan buena cuenta le daba,  
cuidadoso y discursivo,  
que ya Zaida se abrazaba  
en amores del cautivo.  
Se quejaba una mañana  
á sus solas don Jacinto;  
pensando nadie le oia,  
aquetas palabras dijo.  
Sagrada Virgen Maria,  
Madre del Verbo Divino  
ten de mi misericordia;  
y si á tu santo servicio  
conviene el que yo padezca,  
padesca que, es gusto mio;  
lluevan sobre mi trabajos,  
y los mas fuertes martirios  
que ha inventado la herejía  
pues lo tengo merecido.  
Zaida que escuchando estaba  
los lamentos de Jacinto,  
entró con semblante alegre,  
diciendo: cristiano mio,  
¿que tienes que asi te quejas  
lloroso y enternecido  
que puedes al duro bronce  
ablandar con tus suspiros?  
Con humildad la responde:  
estoy pensando en el libro  
de mis trágicos, sucesos,  
y en pensandole me aflijo.  
—¿Serás casado en tu tierra?  
—Nunca, señora lo he sido.  
—¿Tendrás amor en España?  
—Es verdad que lo he tenido,  
pero ahora no lo tengo,  
porque los conceptos míos  
están todos en Argel;  
este es el dolor que gimo.  
Y Zaida muy vergonzosa  
le dice: mira, cautivo,  
si tú olvidas á tu Dios  
y sigues la ley que sigo  
de mi profeta Mahoma,  
tú te casarás conmigo,  
gozarás muchas riquezas,  
y tendrás muchos cautivos;  
esto has de hacer, no lo dudes.

esto te está bien, Jacinto.  
El cual respondió muy triste,  
formando un grande suspiro:  
¿cómo quieres que yo olvidé  
á un Dios de gracia infinito  
á un Dios que por su bondad  
quiso por su amor divino  
redimirme con su sangre  
por librarme del abismo?  
¿Cómo puedo ser ingrato  
á quien tanto bien me hizo?  
Calla, infame, no prosigas,  
que á no hacer lo que te digo,  
con la vida pagarás  
la vergüenza que reprimo.  
Deja, cristiano, tu ley,  
accede á lo que te digo,  
que el que sigue á Mahoma  
goza bienes infinitos;  
si no lo quieres hacer  
tendrás el mayor castigo  
que se haya visto en Argel,  
y replicó don Jacinto:  
no dejaré yo mi ley,  
esto fuera un barbarismo  
aunque mil vidas tuviera  
que rendirle en sacrificio:  
la ley de Dios resplandesca,  
que Mahoma es un maldito;  
siguele que irá tu alma  
á los profundos abismos.  
Con esto, Zaida indignada,  
salió fuera dando gritos:  
¡ah de mis soldados, ola!  
¡ah de mi guardia y ministros!  
venir prendan al instante  
á este cristiano atrevido,  
que quiso soberbio ó loco  
violentar el honor mio,  
tome mi hermano venganza  
de aqueste infame cautivo,  
que no es razon que se quede  
esta maldad sin castigo.  
A las voces acudieron,  
y prenden á don Jacinto,  
sin hacerle mas probanza  
que lo que la turca dijo,  
le sentencian á quemar  
por blasfemo y por lascivo.

Dejemos en la prision  
entre cadenas y grillos  
á don Jacinto y pasemos  
á la dama que es preciso  
por que en este mismo tiempo  
está el moro encendido  
en amores de Leonor,  
y que estaba tan perdido  
trazando por mil maneras  
el rendirla á su apetito.  
Persuadióla muchas veces,  
mostrandose amante fino;  
pero la discretá dama  
nunca dió á su amor oido:  
un dia la cogió á solas,  
que la desgracia lo quiso,  
encerróla en un retrete,  
y estas palabras la dijo;  
hermosisima Leonor,  
rémora de mis sentidos,  
¿asi desprecias á un rey,  
señor de tal poderio?  
Reniega de Dios, reniega,  
que haciendo lo que te digo  
tendrás reinos y vasallos,  
joyas, diamantes, záfiro  
pues siendo tu amante un rey,  
todo está á tus servicios:  
y pues te tengo en parage  
que por imposible miro  
de mí te puedes librar,  
he de hacer el gusto mio,  
sin que tus fuerzas te valgan,  
ní te aprovechen los gritos:  
esto ha de ser por fuerza  
si no quieres por cariño;  
y advierte de que soy rey,  
en mis gustos tan altivo  
que á no hacer lo que te mando  
seré tu fiero enemigo:  
¿que respondes, Leonor?  
y ella suspirando dijo:  
Eso es cansarse en vano,  
y lo tengo á desvario,  
el pedirme que reniegue  
del Señor que el cielo hizo.  
En cuanto á querer lograme,  
esto, señor, bien lo afirmo  
que ha de ser muy imposible

el alcanzarlo conmigo.  
Confieso que eres mi rey,  
y como rey señor mio,  
la vida podrás quitarme,  
pero no el honor que estimo.  
Viendo el moro de Leonor  
la dureza con lo esquivo,  
fué á asirla y sugetarla,  
y ella viendo su peligro,  
sacó al moro de la cinta  
el alfange damasquino;  
prosigue el moro en su intento,  
y ella resuelta le ha dicho:  
asi defiende mi honor,  
aun de los reyes lascivos;  
y con un fiero revés  
le dejó un braza en un hilo.  
Viendola el moro resuelta,  
y viendose mal herido,  
comenzó á llamar á voces  
á su guardia, y luego vino.  
A esta homicida cristiana  
prendedla, soldados míos,  
y haced que rinda la vida  
entre erueles martirios:  
pues es su intento matarme  
con el mismo alfange mio!  
como en la mano le tiene,  
la comprueban el delito.  
Ven al rey que está mortal  
y con su sangre teñido,  
prendieronla y la llevaron  
á donde está don Jacinto.  
De que se vieron los dos  
ambos llorando hilo á hilo,  
Jacinto llora á Leonor,  
y Leonor llora á Jacinto,  
diciendo: esposo del alma,  
ya se cumple el gusto mio,  
ya estoy condenada á muerte,  
pues voy á morir contigo,  
y esto por guardar mi honor  
del rey, que lograme quiso,  
y por que no renegué  
de la ley de Jesucristo.  
Esta es la postrera ves  
que hemos de hablar dueño mio,  
ya no nos veremos mas,  
pues nos espera el suplicio.

y la muerte nos aparta:  
 pues la suerte lo ha querido  
 no nos veamos casados:  
 y llorando se han pedido  
 el uno al otro perdon:  
 y se perdonaron finos:  
 y abrazados tiernamente,  
 se dicen enternecidos:  
 ten ánimo, esposa mia,  
 ten valor tú, dueño mio,  
 que para Dios todo es nada  
 ya nuestro intento es cumplido.  
 Sirva este abrazo de yugo  
 los suspiros de padrinos;  
 sea nuestro amor las arras,  
 nuestra firmeza el anillo,  
 nuestras congojas la mano,  
 las lágrimas los testigos,  
 el tálamo nuestras penas,  
 la bendicion los martirios,  
 pues con martirios se curan  
 yerros que hemos cometido.  
 Y á la siguiente mañana  
 los infernales ministros  
 sacan á los dos amantes  
 de donde estaban metidos,  
 á cumplirles la sentencia  
 en págo de sus delitos.  
 Encima de un carro-mato  
 venian apercebidos  
 con dos palos hecha un aspa,  
 y luego entre cuatro ó cinco  
 á Leonor la desnudaron  
 deshonestos y atrevidos,  
 hasta que encarnes la dejan,  
 enseñandola al gentío:  
 y con tenazas ardiendo  
 los inhumanos ministros,  
 de sus delicadas carnes

le van tirando pellizcos.  
 Decia la triste dama  
 con dolor tan excesivo:  
 ¡ah! sea por la Pasion,  
 que padeció Jesucristo:  
 alzó los ojos al cielo,  
 y dijo: Dios y Señor mio,  
 inmenso Rey de la gloria,  
 este afrentoso martirio,  
 esta vida, estos tormentos  
 os ofrezco en sacrificio,  
 en recompensa Señor,  
 de mis culpas y delitos.  
 Del mismo modo llevaban  
 por delante á don Jacinto,  
 y de esta manera llegaron  
 al incendio prevenido,  
 de todos apedreados,  
 desde el mas viejo al mas niño.  
 Llegaron ensangrentados,  
 y luego los homicidos,  
 los juntan por las espaldas  
 muy fuertemente ceñidos,  
 al incendio los arrojan,  
 y entrambos arrepentidos  
 entre las llamas decian:  
 inmenso Dios infinito,  
 misericordia, Señor,  
 clemencia y perdon pedimos:  
 en vuestras manos, gran Dios,  
 nuestras almas os rendimos....  
 Y de esta suerte acabaron  
 los dos amantes tan finos.  
 Sirva de ejemplo á los padres  
 que violentan á sus hijos  
 para que tomen estado,  
 de algun interés movido,  
 para que tengan con esto  
 el suceso finiquito.

**FIN,**

CARMONA:—1859.

Imp. de D. José Maria Moreno, calle de Madre de Dios. Núm. 1.